

Educar a los hijos — en —

Un mundo maravilloso... y complicado

— Fernando Pariente —

Una de las atracciones más famosas de Disneylandia presenta al espectador un maravilloso espectáculo de paisajes, personajes, trajes y melodías pertenecientes a las culturas de todo el mundo conocido. Es una idílica versión de la diversidad de la raza humana que puebla el planeta Tierra. Cada pueblo está en su lugar y hay un lugar para cada pueblo; todo está bien definido, los paisajes se acoplan con precisión; las gentes se acomodan a sus lugares.

La realidad no resulta siempre tan de color de rosa. Las circunstancias históricas y culturales de los pueblos han determinado profundas desigualdades: no sólo somos distintos porque nuestra piel presente un tono de color diferente, hablemos de modo peculiar, cantemos con diverso ritmo o nos vistamos con prendas desiguales; somos distintos, también y sobre todo, porque disfrutamos de más o menos oportunidades de vivir con decencia y de desarrollar nuestra personalidad con dignidad.

Educar en tolerancia y para la tolerancia es, hoy, fundamental porque vivimos en una sociedad plural, que tenderá a hacerse progresivamente más plural. Son ya evidentes los síntomas: no somos una sociedad homogénea; provenimos de regiones cultural y lingüísticamente diferenciadas: catalanes, andaluces, castellanos vascos, gallegos...; convivimos con grupos minoritarios, como la etnia gitana, emigrantes portugueses o africanos; pero, además, a parte de estas diferencias,



«Educar en tolerancia significa luchar para romper muchos tabúes sólidamente arraigados en la conciencia social»

con las que nacemos, existen otras que vamos adquiriendo en uso de nuestra libertad: tenemos distintas ideologías y opciones políticas; en lo personal, muchos encauzan su sexualidad complementándose heterosexualmente, pero algunos lo hacen en la homosexualidad; los seguidores del Depor se sienten encandilados por Beбето, mientras que los del del Madrid o el Barça prefieren a los ídolos que juegan en sus equipos. Y en el último reducto de nuestra conciencia también somos

libres para creer y para no creer, o para creer en esto o en aquello, y, por tanto, hemos de convivir los creyentes con los no creyentes, los católicos con los protestantes o con los judíos o con los testigos de Jehová.

Si volvemos la vista atrás nos encontramos en nuestra historia con acontecimientos muy poco tolerantes. Desde la expulsión de los judíos, decretada por los Reyes Católicos, pasando por la posterior expulsión de los moriscos, o por el cierre de nuestras fronteras a los libros publicados fuera de ellas, o por las persecuciones de la Inquisición a cualquier germen de heterodoxia religiosa, o por las perezas doctrinales, las purezas de sangre y otras purezas..., para acabar en las guerras civiles del siglo XIX y del siglo XX, nuestra historia ofrece abundantes ejemplos y modelos de intolerancias.

El hábito de siglos de intolerancia puede haber dejado secuelas de actitudes intolerantes que no somos capaces de advertir. Por eso, educar en tolerancia resulta, quizá, más difícil de lo que parece. Nuestra actual constelación de valores puede pertenecer todavía a la esfera de los ideales soñados, estar asentada sobre el terreno de las intenciones, sin haber descendido a la arena de la vida real.

De nada sirve que una persona sepa que todos las razas humanas deben disfrutar de los mismos derechos, si al final le ofusca la sola idea de relacionarse con un gitano. Educar en tolerancia significa luchar para romper muchos tabúes sólidamente arraigados en la

conciencia social. Pero, por otra parte, está la cultura de la competitividad, que nos lleva a considerar al otro como un contrincante al que es necesario superar como sea. Nos movemos en la dicotomía de querer educar a nuestros alumnos con fidelidad a su medio y a sus raíces, que sean de su entorno y fieles a él; al mismo tiempo queremos prepararles para un porvenir en el que el éxito será el resultado de una lucha por conseguirlo ... y, además, queremos que sean tolerantes. Por si esto fuera poco, por encima de los educadores, un ambiente informativo en el que impera la violencia y unos recursos de ocio – televisión y cine – que se encargan de llevarla hasta extremos inconcebibles, seguirán ejerciendo su influencia inevitable.

Corremos, evidentemente, el riesgo de practicar una educación en dos niveles: el teórico que se quedará en el limbo de los principios, uno de los cuales será el de la tolerancia, y el práctico, que corresponderá al terreno de la vida real.

ESTRATEGIAS para educar EN TOLERANCIA

En esto, como en muchas otras cosas, sólo hay un modo eficaz de lograrlo: la reiteración convencida de actos de tolerancia. Dicen los biólogos que la función crea el órgano; la repetición de una determinada función acaba por adaptar el órgano que la ejecuta, especializándole para realizarla cada vez con más eficacia. Traducido a términos de conducta quiere decir que la repetición de decisiones en una misma dirección afianza la identificación del valor sobre el que se apoyan y se va convirtiendo, poco a poco, en lo que Benjamin Bloom llamaba "caracterización", integración de un valor en lo que habitualmente llamamos forma de ser de una persona. La repetición de conductas tolerantes acaba por incorporar la tolerancia como un rasgo de la propia personalidad.

1.- Bajar al patio

Por el camino de los discursos no vamos a llegar muy lejos. Hay que aprovechar los pequeños hechos de cada día. El profesor que sólo educa en clase no dispone de muchas oportunidades porque la disciplina agosta la posibilidad del comportamiento espontáneo, que es lo que se necesita. El recreo, el juego, las excursiones son momentos



«El educador deberá lograr la integración del grupo general. La tendencia natural empuja a los niños a reunirse por afinidades, sin considerar la marginación de los distintos»

más propicios para la observación del tutor. A nivel de niños, la tolerancia se mide, por ejemplo, en la capacidad para aceptar a los compañeros de juego, con sus limitaciones, en la admisión de los menos dotados físicamente para practicar algún deporte, en el comportamiento que se observe para con los demás en la competencia. En la mesa y en el juego se conoce al caballero. Pero el educador ha de estar allí, compartiendo con los niños el juego.

2.- Convivir con los diferentes

La actual política de integración de los niños con discapacidades sirve indirectamente para este fin. El beneficio será mutuo si se consigue que haya una acogida plenamente integradora, a pesar de que los niños sean conscientes de las diferencias. Aunque sea difícil, el auténtico éxito consistiría en que los niños comprendieran a fondo la situación, de manera que la convivencia sólo causase en los niños disminuidos experiencias gratificantes, sin incidencias dolorosas, ni frustrantes de infravaloración o ridículo.

La convivencia con niños diferentes por otros motivos resulta también provechosa. Niños de otras regiones, nacionalidades o razas. Muchos rechazos provienen de un desconocimiento original. Se rechazan estereotipos que no cuadran con la realidad; la imaginación magnifica lo desconocido; los malos son mucho más malos cuando no tienen un rostro y unos ojos. Al convivir con las personas las vemos en su totalidad, con sus luces, sus sombras y

sus claroscuros. Las virtudes equilibran mejor los defectos y el conjunto resulta más humano.

El educador deberá lograr la integración del grupo general. La tendencia natural empuja a los niños a reunirse por afinidades, sin considerar la marginación de los distintos. El educador ha de inventar los recursos integradores para conseguir la interacción de todos con naturalidad y sin tensiones.

3.- Conocer mundo

Ya hay programas que persiguen este objetivo: "Escuelas viajeras", "visitas al Parlamento Europeo" "Intercambios escolares transnacionales", que además están subvencionados por la Unión Europea y por la administración. Es necesario aprovechar todas estas oportunidades a fin de que los escolares conozcan otras formas de vida y de cultura, logrando, al mismo tiempo, experiencias gratificantes y divertidas de convivencia.

4.- Jugar a reflexionar

La observación minuciosa de los comportamientos de los niños es muy importante. Es necesario detectar desde el principio los mínimos indicios de actitudes intolerantes o particularistas. Sin embargo, la estrategia del sermón no es un buen recurso para ponerlas remedio. Ni siquiera es conveniente que el niño reciba un juicio de censura inesperado por parte del educador. Lo que se debe hacer es ayudar al niño a que evalúe sus actitudes distanciándolo-

las de sí mismo, como si no fuera él su protagonista. Para ello suele ser conveniente adoptar técnicas de Role Playing, convertir en escenas representadas por el propio grupo situaciones en las que varíen las circunstancias, pero se presenten los mismos problemas que amenazan el grupo. Después de la representación deben ser los niños quienes evalúen los resultados y reflexionen sobre cuáles hubieran sido las conductas ideales y las recomendaciones para los personajes ficticios. De cualquier manera hay que evitar que nadie se sienta aludido y mucho menos condenado. De ahí la importancia de detectar los problemas en sus indicios, antes de que los propios niños se percaten de su existencia.

5.- Crear ambiente

En todos los procesos el marco es un caldo de cultivo fundamental. La atmósfera tiene que invitar a vivir la tolerancia. Precisamente uno de los objetivos importantes que tienen este tipo de celebraciones, como los Años Internacionales, es la de contribuir a la creación de estos ambientes especiales mediante las campañas y la multiplicación de información. Los libros de textos, las decoraciones de las aulas y corredores escolares debían ofrecer imágenes positivas de la diversidad de razas, religiones, costumbres, filosofías y credos.

La convivencia con profesores que vivan civilizadamente sus propias diferencias y matices contribuirá a la creación de este clima. La cordial relación de distintas filosofías y modos de entender la vida en un mismo claustro de profesores, puede ser más efectiva para conseguir estos resultados que la uniformidad de pensamiento y de creencias.

Pero además se puede reforzar el ambiente de apertura tolerante invitando a visitar el centro, con la frecuencia que sea posible, a personas de distintas ideologías y tendencias; organizando conferencias de personajes políticos de diferentes partidos, mesas redondas o debates.

6.- Predicar con el ejemplo

Casi todos los valores tienen que contagiarse. No es cuestión de enseñanzas, ni de aprendizajes, sino de imitación y contagio. Con la tolerancia pasa lo mismo. Quien la predica debe ir delante con el ejemplo. Incluso no hace mucha falta que la predique, basta que la practique.

Hay que ser tolerante en clase, tolerante con el revoltoso, con el inquieto y con el gamberro; tolerante con el que

«La convivencia con profesores que vivan civilizadamente sus propias diferencias y matices contribuirá a la creación de este clima de tolerancia»

sabe mucho y se pasa de listo y con el sabe muy poco. Hay que mantener siempre el dominio de los nervios y no dejarse llevar por la ira, la intemperancia o la cólera. Es necesario distinguir muy bien entre los actos y las personas que los cometen. Los actos pueden ser dignos de corrección, las personas han de ser siempre respetadas.

Los ojos inquisidores de los alumnos están siempre sobre el profesor y descubren sus reacciones más imperceptibles. La tolerancia no puede ser el barniz que proviene de un propósito fugaz, porque a la larga el natural de cada uno acaba por traicionarle. Tiene que ser, por el contrario, un sentimiento profundo que nazca de una convicción arraigada y se transparente de forma natural en los comportamientos de cada día. Con demasiada frecuencia nos vemos obligados a manifestar juicios sobre conductas u opiniones de los demás. Estos juicios pueden referirse a personas cercanas o muy alejadas de nuestro entorno, a personas actuales o pertenecientes ya a la historia. Nuestra forma de emitirlos revelará continuamente nuestra capacidad de tolerancia y servirá de modelo a nuestros alumnos para formular ellos sus propios juicios.

7.- Ir más allá

La tolerancia no puede ser un valor que se agota en sí mismo. Nuestro ideal de convivencia social no puede limitarse a un modelo que preconice sólo el respeto hacia los otros, sin más. A veces da la impresión de que el objetivo que se pretende es que todo el mundo respete el territorio ajeno para salvaguardar cada uno el suyo propio y que los demás no molesten. Esa filosofía produciría una sociedad individualista, en la que cada persona se aislaría y evitaría los enfrentamientos con los demás para buscar únicamente su propia tranquilidad. Un criterio muy pragmático: no te metas con los otros, para que los otros no se metan contigo. Ni un asomo de respeto por los demás.

Los educadores deben ir más allá y presentar una escala completa de valores en la que la tolerancia constituiría el peldaño básico para subir hacia el respeto a los derechos ajenos, para, desde allí, dar el salto definitivo hacia la solidaridad. La tolerancia no es un fin en sí misma es el camino para llegar a la solidaridad.

8.- Presentar modelos

La juventud necesita ídolos, modelos ideales a los que admirar e imitar. Los medios de comunicación los crean a centenares: ídolos musicales, ídolos deportivos, ídolos sociales. También los educadores deben ser astutos para crear ídolos de tolerancia. La historia ofrece algunos, Martin Luther King, Gandhi, que tienen su encaje en la vida escolar porque los calendarios académicos recomiendan la celebración de días especiales como el de la Paz o la No violencia. Aprovechar estas oportunidades para presentar estos modelos y buscar otros más cercanos en el entorno cultural sería muy eficaz para contagiar entre los alumnos ideales tolerantes.

8.- Denunciar intolerancias

Probablemente algunos estarán pensando a estas alturas que me olvida mencionar lo más importante: condenar los abundantes casos de intolerancia de los que somos testigos en nuestro mundo. Hablar de la intolerancia de que son objeto los negros en Sudáfrica o en Estados Unidos; la intolerancia de algunos judíos o la de los fundamentalistas islámicos.

No, no me olvido, pero he dejado este apartado para el final, porque me parece lo menos importante. Está bien que los niños reflexionen sobre tantos casos de flagrante intolerancia que asaltan cada día las páginas de los periódicos; contribuye a agudizar su sensibilidad respecto a estos problemas, pero no creo que sirva mucho para modificar sus comportamientos de cada día. Cuanto mayor sea el problema y más alejado de lo cotidiano, más nos situamos en el plano de expectores que contemplan el mundo cruel desde una ventana, algo afectados en el plano superficial del sentimiento, pero sin llegar a profundas conmociones interiores que predispongan a modificar las conductas. Los problemas que aparecen en el periódico serán siempre problemas de otros, que, a lo peor, tienen el efecto de boomerang de hacernos creer que nosotros somos mejores; no somos racistas, ni fundamentalistas, ni fanáticos... los malos son siempre los demás.